
Economía

GREENSPAN, Alan (2008) *La era de las turbulencias. Aventuras en un nuevo mundo*, Barcelona, B (ediciones), 620 pp.

Es bien conocido que Alan Greenspan ha sido presidente de la Reserva Federal (FED) americana durante 19 años (1987-2006), quizás el más popular de los presidentes de la FED y el que ha dado lugar a un número más elevado de comentarios sobre su figura y sobre sus creencias políticas y económicas. La interpretación de sus palabras, a veces algo oscuras, se convirtió en la afición favorita de los expertos financieros.

Cuando se jubiló en 2006 inició la redacción de unas memorias que acaban de ser publicadas y que son el objeto de esta reseña. El libro tiene dos partes distintas, aunque no se indica expresamente: 1º) una autobiografía, al hilo de la cual va desarrollando sus ideas sobre economía, política y sociedad; y 2º) un conjunto de capítulos en los que analiza la economía de varios países y los problemas económicos más importantes de la actualidad... y del futuro. Este formato da una cierta heterogeneidad al documento, pero esto nos parece un defecto de menor importancia.

El libro es largo (620 pp.), todas ellas con mucho contenido, a pesar de ello el interés se mantiene a lo largo de la lectura. ¿Qué opinión hemos obtenido tras su lectura?: 1) es un libro ameno y divertido, en general, salvo algún apartado que puede resultar un poco pesado; 2) el libro interesará principalmente a los economistas ya que muchos pasajes resultan oscuros para una persona no experta; sin embargo, es probable que el autor buscara un público más extenso; 3) Greenspan como se deduce del libro es un

conservador en sentido literal; una persona muy inteligente pero con escasa apertura a las ideas de otros grupos y a veces con poca sensibilidad ante el sufrimiento de algunas personas; y 4) el texto produce a veces una cierta irritación, parece como si el autor estuviera siempre en posesión de la verdad; es curioso, sin embargo, que tiene la honradez de reconocer los errores cometidos, pero incluso en esos casos, son circunstancias imprevisibles las que le llevaron a equivocarse... ¡sus ideas no pueden estar equivocadas!

En la parte autobiográfica va siguiendo su vida, sin muchos detalles, deteniéndose sobre todo en el análisis económico de los temas que se fueron planteando en los diferentes momentos de su largo ciclo vital. Para no extendernos demasiado, destacamos únicamente que sus actividades profesionales fueron, sobre todo, la asesoría financiera, la dirección del consejo asesor económico del presidente Ford y la presidencia de la FED durante las presidencias de Reagan, Bush padre, Bill Clinton y Bush hijo.

Veamos en primer lugar sus ideas y posturas ideológicas: se trata claramente de una persona anticomunista; no es un desengañado por el socialismo real, sino que en todo momento se coloca enfrente de esta ideología; podríamos decir que es un anticomunista "visceral"; son muchos los párrafos que avalan esta afirmación; por ejemplo, Karl Marx "creía que el escocés (se refiere a Adam Smith) había pasado por alto lo principal, que el capitalismo no era más que un paso. Marx lo veía como una etapa histórica dentro de un progreso inevitable hacia la revolución del proletariado

y el triunfo del comunismo. Sus seguidores llegaron a apartar a un segmento sustancial de la población mundial del camino del capitalismo...por un tiempo" (pág. 298).

Lógicamente, es un defensor a ultranza del capitalismo; no tiene la menor duda de que éste es el mejor sistema económico; admite que se producen daños y errores, pero para él quedan más que compensados por las virtudes del sistema. "Si la historia del último cuarto de siglo puede resumirse en una sola línea, se trata del redescubrimiento del poder del capitalismo de mercado" (Pág. 27). Mis experiencias "me ha conducido a un aprecio más hondo si cabe de los mercados libres competitivos como fuerza benefactora" (pág. 29). Esta ideología le lleva, como era de prever, a rechazar la política keynesiana de los años sesenta: "los políticos de ambos signos estaban dispuestos a reconocer que la microgestión gubernamental había llegado demasiado lejos. Era hora de hacer menos" (pág. 88). Asimismo, la socialdemocracia le parece un error que ha retrasado el desarrollo de algunos países (europeos, por ejemplo): "las limitaciones a la libertad de actuación, esencia de la regulación gubernamental de los negocios, o la carga fiscal pesada a las empresas exitosas, inhiben la voluntad de actuar de los agentes del mercado" (pág. 307).

Greenspan es un demócrata convencido que considera que sin democracia es imposible que funcione un país y que consiga el desarrollo económico. Sin embargo, este es un tema que da por supuesto y en el caso no se defiende.

En los breves datos biográficos que hemos recogido, aparecen algunas de sus actividades. Ello nos parece significativo: se trata

de un asesor de grandes empresas pero también un asesor de los republicanos. En la pág. 268 aparece una frase que lo define: "Mi sensibilidad de republicano libertario se sentía ofendida".

Pasemos ahora a sus preocupaciones que se deducen de su escrito. El problema principal para Greenspan, tal como repite una y otra vez en su obra es la existencia de un déficit público. Sus recomendaciones a los diferentes presidentes americanos van todas en esta línea: "El camino a un futuro beneficioso, era bajar la trayectoria a largo plazo de los déficits presupuestarios federales" (pág. 165). Ello no le impide defender, a veces, las reducciones de impuestos, siempre, claro está, que vayan unidas a bajadas de los gastos públicos; valora positivamente una devolución de 600 dólares a cada contribuyente (esto recuerda una reciente política del gobierno español), por otra parte, le preocupa el futuro de las pensiones, llegando a plantear la sustitución o complemento de las pensiones públicas por planes privados. El déficit exterior es también, para él, uno de los grandes problemas de la economía americana: "Las preocupaciones sobre el déficit exterior de Estados Unidos no carecen de fundamento. No cabe duda de que, en algún momento, los inversores extranjeros no querrán aumentar más la proporción de activos estadounidenses en sus carteras" (pág. 390).

Muy en línea con su ideología, odia los controles de precios y salarios, por esto crítica duramente la política del presidente Nixon que considera como puro oportunismo político.

La política de regulación iniciada en los años de posguerra es también criticada, y en consecuencia afirma que "La desregu-

lación fue el gran logro no debidamente reconocido de la Administración Ford” (pág. 87).

Hay varios detalles que nos parecen significativos para comprender al autor. Habla poco de Europa y del euro en concreto; sin embargo, en una “Introducción para la sección europea” indica que “Para mi sorpresa, la transición de 11 monedas distintas al euro fue notablemente suave” (pág. 10) y “la discreción con la que el BCE y el euro han surgido como potencias internacionales es demasiado extraordinaria para pasarla por alto. Mi amigo Jean-Claude debe de estar contento” (pág. 12). Es curioso que una persona que ha tenido que manejar muchos datos y elaborar análisis cuantitativo no sienta un gran entusiasmo por la econometría: “Por elegante que se haya vuelto la econometría actual, no está a la altura de la tarea de ofrecer prescripciones de política” (pág. 223). También es digno de subrayar su postura frente al feminismo: “Mi contratación de mujeres economistas no respondía a criterios de liberación femenina”, “descubrí que las buenas economistas eran menos caras que los varones” (pág. 90).

Entre las personas por las que demuestra una mayor admiración, figuran el presidente Ford, la escritora Ayn Rand (poco conocida y poco valorada como economista), el presidente Reagan (si bien con una valoración algo ambivalente sobre su nivel intelectual), el Secretario de Defensa Rumsfeld (a quien considera excepcionalmente eficaz), a la primera ministra británica M. Thatcher, al actual primer ministro británico G. Brown (“mi buen amigo”), el economista de la Escuela de Chicago y premio *nobel* M. Friedman, como era de esperar, y sobre todo a Adam Smith al que considera un “profeta”.

Como es lógico, el tema de la Reserva Federal ocupa muchas de las páginas del libro. Su función principal es la lucha contra la inflación: “una condición necesaria para el máximo crecimiento económico sostenible son los precios estables. En la práctica, eso significa unas políticas de la Reserva Federal que contengan las presiones inflacionarias más allá del ciclo electoral del momento” (pág. 128). Una consecuencia de esta política es el rechazo absoluto de la indexación de los salarios: “expuse mi firme convicción de que indexar es tan sólo un paliativo que, a largo plazo, tiene visos de causar problemas más graves incluso” (pág. 145). Los acontecimientos recientes han planteado que la FED igual que otros bancos centrales debería haber intervenido en los casos de crisis financiera, Greenspan se opone a ello; por ejemplo afirma que “La FED por ley no tiene atribuciones explícitas para intentar contener una burbuja de la bolsa” (pág. 202); esto no queda muy claro, ya que en alguna ocasión, la crisis de Rusia por ejemplo, tuvo una intervención... claro que con sus instrumentos propios: el manejo del tipo de interés. Sin embargo, hay muchos comentaristas que han criticado la política de la FED, que según ellos, acentuó los desequilibrios que han dado lugar a la crisis actual. Por otra parte, hay muchos párrafos sobre los problemas financieros: “el boom punto.com”, la crisis del Long-Term Capital Management (cuyo rescate público es defendido por el autor), los problemas actuales de las hipotecas “subprime” etc.; en todos estos casos, no aparece una crítica de fondo, las considera como problemas inevitables del sistema que no lo ponen en cuestión. Por el contrario, la innovación financiera, que está en la raíz de muchas de estas dificultades, se considera por Greenspan como algo positivo y necesario para el

desarrollo de los sistemas financieros; sin embargo, para no ser injusto, hay que indicar que en algún momento afirma que la FED recomendó una política que contuviese los abusos financieros.

También merece unas líneas su opinión sobre las condiciones del crecimiento económico, basado, por supuesto, en el sistema capitalista: "tres características importantes que influyen en el crecimiento global: 1) el grado de competencia interior y, sobre todo en el caso de los países en vías de desarrollo, el grado de apertura de una nación al comercio y su integración con el resto del mundo; 2) la calidad de las instituciones que hacen funcionar la economía de un país; y 3) el éxito de sus dirigentes en la aplicación de las medidas necesarias para la estabilidad macroeconómica" (pág. 282, 283). Otras condiciones que cita en varios apartados son: la flexibilidad, la confianza en la palabra ajena, el interés personal (según A. Smith), el respeto de la propiedad privada, el civismo, un coste no disuasorio del despido, etc. Estas condiciones aseguran el desarrollo, según el autor, que en ningún caso se plantea una quiebra del sistema; opiniones recientes indican que los problemas actuales podrían llevar a un hundimiento del sistema; aunque estos juicios parecen exagerados, también las "creencias" de Greenspan son discutibles.

En otros capítulos analiza la globalización, criticando fuertemente el proteccionismo, los problemas de varios países: China (que necesita la instauración de una democracia), India (en la que faltan muchas de las características de un sistema de mercado), Rusia (con graves problemas de autoritarismo) y Latinoamérica (que necesita eliminar los restos de populismo) y los riesgos que plantean las limitaciones

de las fuentes de energía; en este último sentido recomienda una reducción de la dependencia del petróleo y una ampliación de la energía nuclear.

En el último capítulo hace unas previsiones sobre el futuro de la economía mundial. Así, piensa que Estados Unidos (en el que se detiene especialmente) en 2030 podría caracterizarse por: "1. Un PIB real tres cuartas partes más alto que el de 2006. 2. Una continuación de la conceptualización del PIB estadounidense y la creciente prominencia de la legislación y litigación sobre los derechos de propiedad intelectual. 3. Un Sistema de Reserva Federal que afrontará el desafío de las presiones inflacionarias y la política populista que han permanecido relativamente aletargadas en años recientes" (pág. 561); nos preguntamos, sin embargo, si estos son previsiones o deseos. Se detiene mucho menos en otros países, por ejemplo con relación a la Europa continental piensa que el panorama es poco claro.

No nos resistimos a reproducir las últimas palabras del libro: "El legado de los derechos individuales y la libertad económica de la Ilustración ha roto las cadenas de miles de millones de personas para que sigan los imperativos de su naturaleza: trabajar para labrarse una vida mejor para ellos y sus familias. El progreso no es automático, sin embargo; exigirá futuras adaptaciones todavía inimaginables. Pero la frontera de la esperanza que todos perseguimos de forma innata nunca se cerrará" (pág. 569).

Como dijimos al principio es un libro muy atractivo que se lee casi de un tirón. Respecto al autor, se encuentra uno con una persona muy inteligente, muy habilidosa, pero con la que cuesta trabajo estar de acuerdo, su defensa sin fisuras de la economía de mer-

cado es muy discutible, aunque reconoce sus fallos, pero a éstos no le da gran importancia, ¿el hambre es un problema menor? ¿se solucionaría con la competencia, el derecho

de propiedad y la política antiinflacionista? Son preguntas que en nuestra opinión no tienen una respuesta satisfactoria. [Adolfo RODERO FRANGANILLO]